X. — LA CIVILIZACIÓN ORIENTAL EN OCCIDENTE.

HEEREN, *Ensayo sobre la influencia de las cruzadas.* — PRUTZ, *Historia de la civilización de las cruzadas.*

Superioridad de los pueblos de Oriente en la edad media. — Pongamos en parangón las dos civilizaciones que se repartían el mundo en el siglo XI : en Occidente miserables aldeas, cabañas rurales y mal construídos torreones, y un país constantemente perturbado por la guerra, donde no se pueden andar diez leguas sin riesgo de ser desvalijado; en Oriente, Constantinopla, el Cairo, Damasco, Bagdad, las ciudades de las *Mil y una noches*, con sus palacios de mármol, sus talleres, sus escuelas, bazares, jardines de varias leguas de extensión, campos bien regados y cubiertos de pueblos y el movimiento incesante de los mercaderes, que van tranquilamente desde España hasta Persia. No cabe duda de que el mundo musulmán y bizantino era más rico, más culto, más ilustrado que el occidental. Los cristianos se daban cuenta de esta inferioridad y admiraban las maravillas de Oriente; es más, los que deseaban instruirse, acudían á las escuelas árabes.

Estos dos mundos empezaron á conocerse en el siglo XI; los cristianos bárbaros penetraron entre los musulmanes civilizados por dos vías : la guerra y el comercio.

Las Cruzadas. — Los musulmanes habían terminado su guerra santa, y entonces empezaron los cristianos la suya, la *cruzada*. Este movimiento fué iniciado en Clermont el año 1095 por el Papa Urbano II, que era francés. Tratábase de arrancar el Santo Sepulcro, esto es, la tumba de Cristo, de manos de los infieles.

Los que iban á esa guerra se ponían en el hombro una *cruz*, la del Papa, y este es el origen del nombre de *cruzados*. El romano pontífice prometió á los que tomaran parte en la expedición perdonarles las penitencias merecidas por sus pecados.

Con esos penitentes se unieron mercaderes italianos y caballeros que andaban en busca de aventuras, y que aprovecharon las victorias de los cruzados sobre los musulmanes para instalarse en Siria, fundando allí cuatro principados que llamaron *francos* (1). Una expedición dirigida por los venecianos cayó en 1204 sobre Constantinopla, conquistando el imperio griego. La cruzada, que empezó á fines del siglo XI, duró hasta el XIII y aun en el XIV se trató varias veces de continuarla. En España la última fué la toma de Granada en 1492.

Caracteres de las Cruzadas. — Fueron las cruzadas expediciones cristianas organizadas por el Papa, padre común de los fieles; el cruzado era un peregrino armado á quien la Iglesia perdonaba las penitencias merecidas. Esos hombres se reunían en grandes bandas, dirigidas por los más poderosos señores ó por un legado del Papa; pero no se sometían á ninguna disciplina, y podían reunirse con otro grupo y aun abandonar la expedición así que creyeran cumplidos sus votos. De modo que un ejército de cruzados no era más que una reunión de bandas que seguían el mismo camino, marchando sin ningún orden, lentamente, montados en grandes caballos, vestidos con una pesada cota de mallas, cargados de bagajes, lacayos y merodeadores.

Estos guerreros perdían meses enteros en cruzar el

(1) Los árabes llamaban *francos* á todos los cristianos de Occidente porque en el siglo IX estaban reunidos en el Imperio carlovingio.

Imperio bizantino ó en luchar con los caballeros turcos de Asia menor.

En los desiertos, donde no había agua ni era posible procurarse víveres, morían de hambre, sed y cansancio los hombres y los caballos; y en los campamentos, la falta de cuidados, las privaciones, los ayunos, que alternaban frecuentemente con grandes comilonas y borracheras, daban origen á epidemias que se los llevaban por miles. Muy pocos de los que se ponían en camino llegaban á Siria, y el camino de la Tierra Santa vió morir en el siglo XII cantidad inmensa de hombres. Así fué que los cruzados acabaron por renunciar á la vía terrestre y en el siglo XIII todos tomaron el camino del mar; los navíos italianos los transportaban con sus caballos en unos cuantos meses á la Tierra Santa, que es donde se hacía la verdadera guerra.

En los combates con los musulmanes, los caballeros salían generalmente vencedores, dada la igualdad del número, pues formaban con sus grandes caballos y sus impenetrables armaduras batallones compactos que los jinetes sarracenos, montados en pequeños corceles no podían quebrantar con sus flechas y sus sables. Con todo, estas victorias eran infructuosas, pues los vencedores regresaban á Europa y los musulmanes ocupaban de nuevo el campo. Aquellos ejércitos intermitentes podían conquistar la Tierra Santa, pero no conservarla; mas, con los cruzados que batallaban por su salvación eterna, iban caballeros y mercaderes deseosos de enriquecerse y que aspiraban á conservar el país. Ellos fueron los verdaderos vencedores, pues sabían servirse de la fuerza momentánea que les daba la masa de los cruzados, dirigiendo las operaciones, construyendo máquinas de sitio, tomando ciudades y fortificándose en ellas para esperar el regreso del enemigo. Los cruzados

abandonados á sí mismos eran incapaces de llevar á cabo una guerra en esas lejanas regiones. Las grandes expediciones dirigidas por reyes, Luis XII, Conrado, Federico Barbarroja, Felipe Augusto, el rey de Hungría y San Luis fracasaron todas miserablemente. Las únicas cruzadas que dieron resultados, esto es, la primera, que conquistó Siria, y la cuarta, que se apoderó del imperio griego, fueron capitaneadas, una por los normandos de Italia y la otra por los venecianos. El entusiasmo y valor de los cruzados eran una fuerza ciega, que sólo servía cuando la guiaban hombres de experiencia. Así es que aquellos guerreros sirvieron sólo de auxiliares; los verdaderos fundadores de los reinos cristianos fueron los aventureros y comerciantes que iban á establecerse en Oriente, á la manera que hoy van á diversos países multitud de emigrantes.

Sin embargo, estos colonos no fueron nunca bastante numerosos para poblar el país y se limitaron á permanecer acampados en él, en medio de los indígenas. Los principados francos se reducían á una aristocracia de unos cuantos miles de caballeros franceses y belgas y de mercaderes italianos, por lo cual no podían tener la solidez de los Estados de Ocidente, cuya base eran naciones. Más bien se parecían á los gobiernos que fundaban los jefes de guerreros árabes ó turcos, en que el Estado se confunde con el ejército y desaparece á la vez que ésta. — Con todo, duraron cerca de dos siglos, lo cual es mucho para regímenes orientales. Sólo una inmigración numerosa hubiese podido sostenerlos frente al Asia musulmana y bizantina, y la Europa de la edad media no podía suministrar el número de hombres necesarios.

Durante medio siglo los principados no tuvieron en frente más que á los pequeños príncipes de la Siria;

los musulmanes de Egipto vivían en paz con ellos, y esta fué la época de su prosperidad. Pero cuando Saladino destruyó el califato del Cairo, formándose en vez de éste el Estado militar de los mamelucos, los cristianos, atacados por la parte de Egipto, no podían resistir mucho tiempo, según lo prueban las victorias de Saladino. Si conservaron sus Estados un siglo más aún fué porque los sultanes no se proponían destruirlos. Es indudable que para los musulmanes aquella lucha era también una *guerra santa;* pero no obstante pactaron varias treguas de muchos años. Tampoco hay que creer que los príncipes cristianos todos se unían siempre contra los musulmanes y viceversa; al contrario, los intereses políticos eran más fuertes que los odios religiosos y era frecuente que lucharan cristianos con cristianos y árabes con árabes. En muchos casos un príncipe cristiano se aliaba con uno musulmán contra otro de su religión.

La concordia no fué nunca perfecta en el campo cristiano. El entusiasmo religioso que los unía no estorbaba sus rivalidades mercantiles ni sus odios de raza; las disputas eran continuas entre los príncipes de los diferentes Estados, franceses, alemanes é ingleses; mercaderes de Génova y de Venecia; Templarios y Hospitalarios, y en ocasiones recurrieron á las armas. — La falta de buena armonía se dejaba sentir también entre los cruzados que llegaban de Europa y los francos establecidos en Siria. Estos últimos se habían acostumbrado á vivir como los orientales, bañándose y vistiendo trajes flotantes, y organizando una caballería ligera á la turca; así es que deseaban tratar á los musulmanes como vecinos, no haciéndoles la guerra sin motivo. Los caballeros de Ocidente, que llegaban llenos de ira contra los infieles, querían exterminar á todo el mundo y se indignaban al ver semejante tolerancia, de tal manera que apenas desembarcaban se arrojaban sobre el territorio musulmán, ansiosos de batalla y de saco, la mayor parte de las veces sin oir los consejos de los cristianos de Oriente que conocían mejor las condiciones de aquellas guerras. Los escritores occidentales tratan á los cristianos de la Tierra Santa de cobardes, traidores y corrompidos, atribuyéndoles la ruina de los Estados de Siria. ¿Qué hay de cierto en tales acusasiones? Es indudable que los aventureros francos, enriquecidos rápidamente, que vivían en el lujo en contacto con poblaciones corrompidas, debían haber contraído muchos vicios, sobre todo los que nacieron en Siria y que en Europa llamaban los potros; pero los cruzados no tenían autoridad para juzgarlos, pues ellos causaron con su imprevisión más desastres que los cristianos de Siria con su debilidad.

Resultados de las Cruzadas. — El resultado directo de las Cruzadas duró poco : el reino de Jerusalén no pudo resistir á los turcos y pereció en 1291; el Imperio latino fundado en 1204 fué destruído por los bizantinos; pero el Santo Sepulcro siguió atrayendo cada año miles de peregrinos; para transportarlos se organizó un servicio marítimo que salía de Venecia, Génova y Marsella : de este modo empezaron las comunicaciones regulares entre Italia y Levante.

Los objetos de lujo y los productos de los países cálidos, las especias de la India (pimienta, nuez moscada, jengibre y canela), el marfil, las sedas de China, las telas y tapices, el azúcar, el algodón y el papel no se vendían sino en los mercados de Constantinopla, de Bagdad y de Alejandría. Esos artículos, muy gustados de los occidentales, que los pagaban á cualquier precio, prometían grandes beneficios. Los venecianos, súbditos

del Imperio bizantino, empezaron por traficar con Bizancio; pero en el siglo XII se prefirió ir á buscar los objetos orientales en los países que los producían, y las grandes ciudades mercantiles de la época, Venecia, Pisa, enviaron sus navíos á los puertos de Palestina, donde pasaban las caravanas de Damasco y Bagdad. Después de la toma de Constantinopla en el siglo XIII, los venecianos conservaron un barrio de la ciudad y establecieron factorías hasta en el Mar Negro, donde comerciaban con Trebizonda. Pisa obtuvo de los príncipes musulmanes de Egipto y de Trípoli el permiso de comerciar con sus vasallos; Venecia y Génova celebraron por su parte convenios análogos y á partir de entonces sus navíos fueron regularmente á Alejandría á cargar de especias y telas. De modo que las relaciones entre Oriente y Occidente, que empezaron por una guerra entre creyentes, acabaron por transacciones entre negociantes. — Los mercaderes alemanes, que hasta el siglo XI recibían las mercancías de Constantinopla por la vía del Danubio, prefirieron pasar los Alpes y comprarlas en Italia. El tráfico cambió su camino, abandonando el Danubio y dirigiéndose desde Alejandría á Augsburgo y Nuremberg por Venecia y el desfiladero del Brenner.

Relaciones entre Oriente y Occidente. — Los occidentales se civilizaron por el trato con los hombres de oriente. Á menudo es difícil decir qué camino siguió un invento oriental al penetrar en Europa, si fué por medio de los cruzados de Palestina (1), por los mercaderes, italianos, los sarracenos de Sicilia ó los moros de España; pero sí cabe hacer la cuenta de lo que debemos á los árabes y la lista es larga.

(1) Tal vez se ha exagerado la parte que corresponde á las cruzadas en esta obra civilizadora. Los guerreros cristianos no conocieron en Palestina sino á turcos recién entrados en el mundo musulmán y casi bárbaros.

Á ese pueblo debemos: 1°. El trigo morisco, el espárrago, el cáñamo, el lino, la morera, el azafrán, el arroz, la palmera, el limón, la naranja, y hasta el café, el algodón y la caña dulce que han llegado á ser los principales cultivos de América;

2°. La mayor parte de nuestras industrias de lujo, los damascos; los tafiletes, las telas de seda brochadas de oro y plata, la muselina, la gasa, el cental, el tafetán, los terciopelos, perfeccionados más adelante en Italia, los vidrios y espejos imitados en Venecia, el papel, el azúcar, los dulces y jarabes;

3°. Los principios de algunas de nuestras ciencias, álgebra, trigonometría, química, la numeración arábiga, que los musulmanes tomaron de los indios y que han facilitado los cálculos; sin contar la magia, los talismanes, en que los italianos han creído hasta nuestros mismos días, y la piedra filosofal que algunos príncipes alemanes hacían buscar todavía en el siglo XVII por alquimistas que tenían á sueldo.

Los árabes habían reunido todos los inventos y el saber de los antiguos orientales, griegos, persas, indostánicos y hasta chinos, y gracias á ellos los conocemos, como lo prueba la multitud de voces árabes que forman parte de todas las lenguas modernas, alcohol, elixir, álgebra, alambique, alcoba, sofá, amuleto, gala, arsenal, almirante, zenit, nadir, cifra, cero, etc. Gracias á ese pueblo volvió á la civilización el mundo occidental, que había caído otra vez en la barbarie. Si bien nuestras ideas y nuestras artes proceden de la antigüedad, los inventos que hacen fácil y agradable la vida se deben á los árabes.

Influencia de las Cruzadas en las creencias. — El contacto con Oriente ejerció acción hasta sobre las ideas religiosas de los cristianos. Éstos se exaltaron al principio por la lucha; pero cuando vieron de cerca á los infieles, encontraron entre ellos hombres graves, ilustrados, generosos como Saladino, que dejaba en libertad sin rescate á los prisioneros y hasta mandaba su médico para que curase á un jefe de los cruzados enfermo; y entonces empezaron á respetarlos. — Al querer probar la superioridad de la religión cristiana, tuvieron que discutir con los musulmanes y judíos, comparando sus respectivas creencias. Esto hizo que algunos considerasen que las tres eran falsas, como lo prueba la frase atribuída equivocadamente al emperador Federico II y que circulaba en la Italia del siglo XIII: « ha habido tres impostores, Moisés, Jesucristo y Mahoma, que han engañado á los judíos, á los cristianos y á los musulmanes. Otros dedujeron por el contrario que las tres creencias eran igualmente buenas y repetían esta parábola: Un hombre tenía un anillo de que dependía su herencia; como quería igualmente á sus tres hijos, hizo fabricar otros dos anillos semejantes al primero y dió uno á cada joven. Al morir el padre, los hijos reclamaron la herencia que iba unida al anillo y el juez resolvió que se repartiese entre ellos por igual. El cristiano, el musulmán y el judío son todos hijos de un mismo padre celeste, que ha querido dejarles herencias iguales. — Los cristianos referían de otro modo el fin de la historia; se llamó á un enfermo, que tocó los tres anillos, y que se curó al poner la mano sobre el verdadero; la piedra de toque de la verdadera religión es el *milagro*, y éste se ha pronunciado en favor del cristianismo.

XI. — LA FRANCIA EN EL SIGLO XIII.

BORDIER, *Historia de Francia*. — MICHELET, *Historia de Francia*. — LUCHAIRE, *Felipe-Augusto*. — LANGLOIS, *San-Luis*. — VIOLLET-LE-DUC, *Diccionario de arquitectura*.

LA MONARQUÍA FRANCESA EN LA EDAD MEDIA.

Progresos de la monarquía con los Capetos. — El rey de Francia no era señor sino en su territorio, que hasta fines del siglo XII fué muy pequeño; de modo que la política de la casa real fué la de una familia de labradores que procura adquirir más y más propiedades. Comprándolas unas veces y otras por matrimonios ó conquistas fué adquiriendo poco á poco, ya una provincia, ya un pequeño condado (Sens, Melun,) ya un simple señorío (Montlhéry, Beaugency). En tiempos de Felipe Augusto el territorio del rey se hizo de un golpe tres veces mayor, por la conquista del ducado de Normandía. Entonces el soberano tuvo más caballeros en su ejército, más dinero en sus arcas, y más vasallos en sus tierras que ninguno de los restantes príncipes franceses, siendo por primera vez el señor más poderoso de su reino. Entonces instaló *bailíos* (procuradores) en sus posesiones, que estaban diseminadas por toda Francia, y éstos empezaron á imponerse á los representantes de los grandes señores, haciendo respetar en todas partes el nombre del rey su soberano.

París bajo Felipe Augusto. — En el siglo IX, cuando los normandos sitiaron á París, esta capital no salía fuera de la isla de la Cité; pero á fines del siglo XII ya se había extendido por ambas orillas del Sena. Entonces quiso Felipe Augusto poner los barrios nuevos al abrigo